

SEGUNDA PARTE

I

La carta de Tomás fué para Encarnación como un mazazo en la cabeza. Por largo tiempo permaneció inmóvil, con los codos sobre la mesa, la frente entre los puños y los ojos clavados en el cacho de papel que le traía su desgracia. No lloró. Sus párpados permanecían secos, agitados por un temblor apenas perceptible; su piel había adquirido livideces mortuorias; por cima de sus labios se extendía una costra negra: el fuego de la fiebre que los acarbonaba. Al cabo de tan cruel silencio comenzó a silabear, a deletrear el escrito; luego rompió la carta en cachos menudos, muy menudos; los amontonó sobre el hule, los estrujó con sus dos manos, y, apretando éstas contra su corazón, rompió en desgarradores sollozos.

Con miradas de loca recorrió el comedor. Cada

mueble, cada utensilio despertaba en ella un recuerdo.

Frente a aquella mesa asentaban los dos con las sillas muy juntas, casi pegadas la una a la otra, al comienzo de sus amores. Frente a ella compartían la modesta pitanza, alegrándola con sus risas, sazónandola con sus besos. Más adelante las sillas se apartaron un poco, los besos dejaron de sonar, las risas se trocaron en frases duras, en acentos de mal humor. ¿Qué importaba estando allí Tomás? ¿Qué importaba su ausencia en esta comida o en la otra? Al fin y a la postre había de volver. Ahora no volvería. Allí estaba su vaso, el vaso donde algunas veces bebieron los dos por el mismo punto del borde, para que sus labios se acariciaran contra el vidrio. La de Tomás era una tacita de porcelana con dibujos dorados, que descollaba al centro del trincherero; por un cajón de éste asomaba el pico de su servilleta, prisionera en una anilla de metal; el lienzo ostentaba dos o tres manchitas oscuras, rastros de café que dejaron los labios del amante. Encarnación besó aquellas manchas.

Desde el comedor fué a la sala, convertida por ellos en despacho y taller, todo a un tiempo. Sobre la mesita de nogal negreaba el tintero, relucían las plumas, abríanse formando abanico las cuartillas. En una de ellas se leía esta frase, principio de una composición poética:

Amor, cuando el hastío en ti mete su garra,
es la herida mortal....

Un borrón de tinta, una tachadura nerviosa, cubría las palabras finalizadoras del verso. Al leerlo en voz baja, creyó la mujer que una mano invisible iba escribiéndolo contra su corazón, y que la propia mano dejaba caer en éste el borrón y marcaba la tachadura; sólo que el borrón era sangre, y la tachadura estaba hecha a filo de puñal. Abrió los cajones. No había nada en ellos. Dramas, capítulos de novela, poesías, artículos..., todo huyó con Tomás. Eran su porvenir, y el porvenir se iba con él. Solamente quedaban los dos versos escritos sobre la cuartilla como una inscripción funeraria, como un brutal *requiescat*.

Quedaba también el veladorcito donde cumplía Encarnación sus oficios de cigarrerera. Próxima a la caja de tabaco y los librillos de papel de fumar resplandecía la puntiaguda uña de acero. Ella marcó con una cruz de sangre el rostro de «la decimera». ¡Pobre Antonia!... ¿A qué y para qué tal venganza?... ¡No se lo había arrebatado ella; se lo arrebataba el hastío, la falta de amor, fraseada por la cuartilla del borrón ancho y de la tachadura brusca!...

Al entrar en la alcoba, al contemplar las revueltas ropas del lecho, fué un solo grito, una convulsión única, los que sacudieron cuerpo y alma de Encarnación. Con andar borracho, tateando la atmósfera, tal que si sufriese ceguera, avanzó sobre los ladrillos y dió contra las almohadas, de bruces. Hundido el rostro en ellas, mordiendo las puntillas ásperas, pronunciando una vez y otra y otra el nombre de Tomás, estuvo, sin darse cuenta de las horas, de las lágri-

mas, que mojaban los lienzos; de los desgarrones que sus dientes hacían en aquellos cojines donde se marcaba aún, con leve y sensual hundimiento, el dibujo de las cabezas que sobre ellos se acariciaron.

El tintín de la campanilla la hizo incorporarse. Quedó unos segundos inmóvil, preguntándose para los adentros de su alma: ¿Será él? ¿Se habrá arrepentido y volverá? Era la esperanza última. En su anhelo de prolongarla, de creer, de aguardar, un instante siquiera, la vuelta de su dicha, la infeliz criatura no se atrevía a hacer movimiento, a alzarse totalmente, a enderezar a la puerta sus pasos. Otro campanillazo más fuerte, más prolongado que el primero, la empujó hacia el pasillo. Iba muy despacio, interrogando al más allá de aquella puerta con ansiedad trágica que, a ser vista, hubiera producido espanto.

Era *la Avispa* quien llamaba.

— ¿Estabas dormida? — preguntó —. Pues, hija, ya es hora de despegar los ojos. Ahorita mismo, cuando pasé bajo ella, ha caído la bola de la Puerta del Sol. Volvería a las mil ese granuja de Tomás y...

— Tomás no vuelve.

— ¿Que no vuelve?

— Entre nosotros todo se arremató.

— Lo mismo que otras veces.

— Igual que esta sola. Veces como ésta sólo hay una.

— Pero ¿qué fué, muchacha?

— ¿Qué va a ser? Lo de siempre, cuando un hombre se cansa de una mujer, o una mujer de un hom-

bre, o se cansan los dos a un tiempo: tira cada cual por su lado, y hasta que se junten los defuntos. Esto es lo que hay; si te parece poco, echa y que se derrame.

Encarnación hablaba sonriendo, con los ojos sin lágrimas, con las manos puestas en la cintura. No quería mostrar su pena. Su orgullo de mujer, su despecho de buena moza abandonada, le daban fuerzas para fingir y mostrarse tranquila, casi casi risueña.

— ¡Pues qué!, ¿voy a desesperarme? — añadía contestando a preguntas de *la Avispa* —. No, hija. Entodavía no soy vieja; no estoy pa que se me coman los perros. ¿Se marcha? Vaya en paz y la Madalena le guíe. Ya se sabe, entre nosotras, entre las mujeres como nosotras, estas cosas no pueden ser eternas. No somos señoritas honrás, pa pretender que un hombre se nos rejunte de por vía. Nosotras somos de la calle; hacemos una paraíta, si se tercia, y luego a la calle otra vez, a patear por ella, echándonos el mundo a la espalda.

— Eso he pensao y te he dicho yo siempre. Sólo que tú me has respondío tamién siempre, dende que topaste a Tomás, tan de una otra manera, que llegué a imaginarme, pues, lo que me decías tú, que te habías vuelto toíta del revés y que habías hecho punto final.

— ¡Punto final! Cuando a una la entierran hace el punto. Ya ves: pa horas va que esto se arremató, y me siento la misma de antes. Es que lo lleva una en la sangre. A lo mejor salta la liebre, y no hay galgo que le dé alcance. Así habrá dicho él; quizá lleve

razón. Pué que sin darme cuenta estuviera yo pensando lo mismo. Por el pronto, bien me ves, y lo puedes certificar. Tan tranquila como si ná estoy, y sólo hace horas. Cuando pasen días, ¿qué será?

— Ahí tiés mi duda, que solamente hace horas. Como hiciera meses, sería otro cantar. Cuando hace horas, la misma rabia, los propios achaques que siente una, a una misma la engañan, y ríe una, y se divierte una, sobre tó cuando hay gente delante. Después vienen las lágrimas y las desesperaciones, y el buscar al que se marchó y el pedirle por toas las vírgenes que vuelva.

— Yo no pido limosna, *Avispa*. Se fué; vaya en paz; será su conveniencia o su gusto. Avía café en tan y mientras le pongo dos letras contestando a la carta en que me da los pasaportes. El portero la llevará a su casa; después veremos lo que se determina. Al despacho voy. Ahí tiés la cafetera, el infernillo y la caja de fósforos. Sólo quedan media docena. No hay pa envenenarse. En el cajón está el café; el aguardiente, por si quiés echarte una mientras el agua hierve, dentro lo tiés del armario.

Frente a la mesita de nogal asentó Encarnación. Sujeta la pluma entre los dedos, puestos en el techo los ojos estuvo por algunos instantes. Resbaló por entre sus dedos la pluma, se nublaron sus ojos, buscó su cabeza sostén contra las palmas de las manos, y el pasado fué desfilando, escena a escena, por su enfebrecida memoria.

Veíase niña, a la conclusión del destete, revolcán-

dose como una gatita o andando a cuatro pies, en postura de falderillo, por entre las cestas de hortalizas que en la plaza del Zocodover revendía su madre, una hembra juncal, borracha como un zaque y brava como una jabalina. Algunas veces llegaba al puesto ambulante o se entraba por el casuco maternal un sargento, amante preferido entonces de quien siempre por docenas los tuvo. Al sargento atribuía la verdulera la paternidad de Encarnación. El militar, nada seguro, y bien hacía, de tal hija, ocupábase de ella poco, y no muy mucho de su madre. Cumplido su empeño, tomó el camino de la tierra andaluza y no volvió a saberse de él.

Poco importó a la verdulera aquel desengaño. Estaba hecha a darlos y recibirlos con frecuencia. Acaso en el de ahora se anticipó al sargento minutos, puesto que a los dos días andaba ella de merendona y de copeo por junto al baño de la famosa Cava, imitando la fragilidad legendaria de ésta, con un don Rodrigo que llegaba del presidio de Ocaña y tenía *Malasangre* por remoquete.

No era el mote capricho; título fué ganado en brillantes justas de infamia por aquel miserable. Unida a él tomó la verdulera el tren de Madrid. En Madrid y en una zahurda situada por los bajos del segoviano puente presencié Encarnación escenas de vergonzoso desenfreno, riñas brutales, a cuyo término, la mujer, cubierta de sangre y cardenales, y el hombre, llena de arañazos la cara, concluían por abrazarse como tigres, que a zarpazos estimulan el celo, y salían

juntos para volver a horas muy altas de la noche borrachos, bestiales, dando traspiés y llamando al sueño con blasfemias.

Entre aquellas dos fieras se crió Encarnación. Si el macho, por obra de sus fechorías, ingresaba en la cárcel, la hembra ayudaba a la manutención y cómoda estancia del preso con el comercio de hortalizas y con la reventa de su propia persona, aun codiciable para arrieros, mozos de carne y desgarramondos. Así llegó la niña a moza, ayudando al gasto de la casa con su oficio de verdulera trotacalles que por los frentes de la plaza de la Cebada y sus alrededores iba a voz en cuello pregonando «lechugas frescas», «rabanitos tiernos» y «ajos mollares». Su madre natural y su padre postizo apenas si se ocupaban de ella. Al cumplir los trece años ya sabía teóricamente cuanto saber puede una hembra perdida; a los catorce volvió la teoría práctica en brazos de un chulo, entre organillero y ladrón, que, tras breve cortejo, la hizo una mañana dejar el cestillo de rábanos en el rincón de una taberna para conducirla a cierta casa con farol enrejado que a peseta pareja se abre en la calle de la Ruda.

Ni sus padres volvieron a acordarse de ella, ni ella de sus padres. Durante un mes prosiguió ejerciendo su oficio. Esperaba a su hombre para comer en cualquier bodegón, o iba con él de juerga, si él realizaba algún «negocio». Pocos y malos eran; por regla general, subvenía Encarnación a la pitanza y pagaba la alcoba traslaticia. Al cabo de un mes, con pretexto

de que tan mala y pícara existencia no debía seguir, el galán condujo a la muchacha a casa de una doña Gregoria que en carne moza traficaba. «Aquí viviremos mejor—afirmó a la joven el pícaro—. Bien manteníos, bien jaleaos y sin pensar en huespederas. No nos faltarán los Alfonsos. A la madrugada quedas libre, y ya, si nos cumple, hasta mediodía no nos tenemos que apartar. Hazte cuenta que «lo otro» es la oficina. Más frío y más hambre y más ducas pasarías vendiendo ristras de ajo. De mó que te queas aquí. Doña Gregoria da dos onzas: treinta y dos varés, ¿sabes? Yo te los guardaré; aquí hay mujeres rematás; tu eres una primache y podrían afanarte la luz.»

La muchacha asintió. Aquello resultaba muy natural para ella, hecha, desde antes de unir sílabas con sus labios, a presenciar hazañas y tratos peores. El galán embolsilló las onzas, volvió la espalda a su querida, hizo un guiño a doña Gregoria, bajó las escaleras silbando una machicha, y no volvió más a la casa.

De consolar y de pervertir radicalmente a Encarnación se encargaron sus compañeras y la dueña del establecimiento. Pronto fué una de tantas; no muy tarde ganó entre las del gremio puesto honorífico por su belleza, por su gracia, por su gancho para los hombres y por su indómita bravura. Más de una cara había cortada por la hoja de su cortaplumas de nácar; más de un rostro acardenalado por el vergajillo que bajo el delantal guardaba; más de un moño repelado por sus dedos ágiles; más de un cutis falsilleado por

sus uñas. Respecto a insultos y sarcasmos, no se habla. Alguno de ellos quedó grabado como infamatoria y perenne sentencia en el código de la chularía andante. «Es mucha mujer *la Toledana*», decían las del gremio.

Tan varios atractivos proporcionaron a Encarnación gran parroquia y corte mayor de admiradores. Doña Gregoria la quería «como una madre». «No una huésped; era su propia hija, su otra mano.» En lo último decía verdad, porque con una mano cogía doña Gregoria los puñados de duros y los billetes del Banco de España que con otra mano le alargaba *la Toledana*.

Cuando con el moño lleno de horquillones de concha, el pañuelo de seda caído contra la nuca, el mantón de alfombra o de flecos ceñido al cuerpo y la airosa falda de seda columpiando sobre los zapatos de charol, subía Encarnación camino del Madrid señorito por las cuestas del barrio bajo, llovían sobre ella los requiebros; y no cesaban, aumentaban al desembocar la moza en la Puerta del Sol. Un día se tropezó en ella con su madre. Iba ésta borracha, con el pelo en rebujo, la tundida carnaza asomando por los desgarros del corpiño, y las rotas medias mostrándose por los agujeros del zapato.

— ¡Hija de mi alma! — exclamó la del *Malasangre*, dirigiéndose a la buena moza con los brazos abiertos —. ¿De ande sales tú, flor de mayo?

— De una casa mejor que la de usted, con ser de tó el que llama a ella. Apártese unas miajas, madre, que

vuelva el tufazo que trae a amílico y debe usted llevar reznos en la ropa.

— ¡La miseria, hija, la miseria, que es una recocía ladronal *Malasangre* está preso; yo... Ya me ves.

— Ya la veo a usted dibujando esos con las patas en el asfalto. Ahí van cinco duros, y largo, que la gente hace corro. Claro; parecemos talmente una escena del cine.

Su fama la hizo subir en rango. De casa de doña Gregoria, donde concurrían tratantes, abastecedores, mercaderes de los pueblos próximos a Madrid, gente rica, pero vestida y educada al uso popular, fué a otra casa de más alcurnia. A ésta acudían señores de gran respeto y posición. Las habitaciones estaban amuebladas con lujo estrepitoso; las alcobas parecían de cuento de hadas. No siendo Jerez, Manzaniella y Champagne de marca, no se servían vinos; las cenas se traían del Casino de la Gran Peña... por lo menos de Fornos. La tarifa mínima era un billete, es decir, cien pesetas; los billetes chicos no contaban. A la dueña la veían solamente sus íntimos, y aun a éstos los recibía en trono, en reina gordinflona cubierta de pedrerías, terciopelos y encajes. El buen tono imperaba. Hasta «los chulos» debían vestir y proceder como señoritos. De no, se les cerraba el paso y sólo se avistaban con las sacerdotisas a la parte afuera del templo.

En aquel templo tuvo Encarnación que modificar su indumentaria, cambiando el clásico pañuelo de seda por sombrerotes de flores y de plumas; el man-

tón de alfombra o Manila, por abrigos de terciopelo y raso; el peinado flamenco, por otros a la francesa moda; la falda lisa y manolesca, por faldas llenas de cintajos y adornos. En joyería también fueron obligadas las modificaciones. Las orlas grandotas, de dobles y piedras llamativas, aunque de ínfima condición, no encajaban con el gusto de los señores frecuentadores de la casa, gente hecha a lo bueno y a distinguir lo aparatoso de lo fino. Brillantes que competían con las gotas de agua, sobre monturas invisibles; perlas de perfecto dibujo; esmeraldas y rubíes de inmaculada transparencia; collares relucientes como astros sobre los descotes de morena o rosada piel: éstas eran las joyas y arreos que habían de gastar las pupilas de *la Marquesa*.

Con ellos estaba encantadora la de las riberas del Tajo. Tan lo estaba, que un titulado, ya maduro, asiduo tertulio del local, enamoróse de ella, y previo un montón de billetes, que *la Marquesa* guardó en su arca de caudales, instaló a Encarnación en un hotelito inmediato a la Castellana, y puso a sus órdenes media docena de criados, un coche, dos caballos ingleses, y un automóvil de 40 por hora; sobre sus almohadones atravesó muchas veces la hija presunta del sargento las calles y los paseos públicos mostrando por entre cristales su carilla graciosa enlucida por los negros y chispeantes ojos.

Poco duró aquel su vivir a lo dama. No le daba por ahí el naípe. El *chauffeur*, mozo de bigotazos negros, fué ascendido a amo y señor por *la Toledana*,

sin respeto del aristócrata; éste, nada romántico y nada sufrido tampoco, se encogió de hombros al saber la noticia, puso al *chauffeur* y a Encarnación de patitas en el arroyo, y volvió a ocupar sitio preferente en el gabinete de *la Marquesa*.

Duró poco el *chauffeur*. No estaba Encarnación por mantener a un gandulazo que se negaba a trabajar y gastaba los duros de ella con otras buenas mozas; menos estaba por sujetarse nuevamente a doñas Gregorias y a *Marquesas*. Con sus ahorros y la venta de sus alhajas alquiló un pisito muy mono en la calle de los Tres Peces; y siguió rodando la vida, unas veces en auge, otras a maltraer, pero siempre con franca independencia.

Así fué pasando de éste en aquel mantenedor, de uno en otro amante gratuito; así presumía por tabernas y colmados y bailes, hasta que en uno de ellos se tropezó a Tomás y se prendó de él con amor verdadero.

¡Necio amor que la hizo concebir ilusiones, imaginar que su vida podía modificarse en compañía de aquel hombre! ¡Romper con el pasado, ir de cara hacia un porvenir de honradez!... Aquello era un sueño, una borrachera de buen vino—como decía ahora Encarnación, alzando la cabeza de entre sus manos, luego de releer mentalmente su historia—. «De las borracheras se despierta—murmuró con voz desgarradora—. Tomás lleva razón. ¿Por qué ha de atarse a mí? Su porvenir y su talento le llaman a otras cosas mejores. Yo seguiré mi vida. No puedo seguir otra.»

Con mano febril escribió a Tomás, de su puño y letra, gracias a *la Marquesa* que la enseñó a leer y a escribir, esta carta, si falta en ortografía, sobrada en corazón:

«Yciste bien dejandome. Tomas, tu i tu madre sois antes que yo. Yo balgo muy poco. No des mas disgustos a tu madre. Hojala seas muy feliz. Adios.

Encarnacion.»

—¡Ea!—dijo, tirando contra la mesita la pluma—, hecho. Ahora a lo que falta.

Hizo camino al comedor y gritó a *la Avispa* con nerviosa alegría:

—Llena de Cazalla esa copa. No, la chica, no; la más grande. Estoy seca de sé.

Apuró de un trago el aguardiente, rechazó con la mano el vaso de agua que su compañera le ofrecía, fué hacia la ventana del patio, llamó a Balbina, la portera, y saboreando la taza de café mientras subía aquélla, añadió encarándose con *la Avispa*:

—¡A ver si lloras tú por mí!... No hay motivo, mujer; un clavo saca otro. ¡Ni que fuese una principianta! A seguida que suba la Balbina y quede hecho lo que tengo pensao, tomamos una manuela, echamos la capota abajo y ¡arrea cocherito!, hasta que nos cumpla o se nos acabe el humor.

—Pero ¿qué vas a hacer?

—No tengas prisa. Pa tó nos va a sobrar el tiempo. Señá Balbina—agregó dirigiéndose a la portera,

que llegaba—. Tome una tacita de café, arréese media; guarde ese duro, por si es lo último que le doy, y lleve esta carta a sus señas. ¡Ahl, de paso avíseme un traperero; deje usted sin cerrar la puerta. No tengo ganas de medir con los tacones el pasillo.

—¿Un traperero? ¿Y pa qué el traperero?—preguntó *la Avispa*, apenas ausente la portera.

—Pa venderle hasta el último clavo y dejar las paredes a disposición del casero. ¿Tomás sale de aquí pa siempre? Yo salgo pa siempre también. ¿Él vuelve a su vivir de antes de conocerme? A mi vivir de antes de conocerle vuelvo. ¿Él va a lo suyo? Yo a lo mío. Cada uno a su faena. ¿No te parece natural?

—¡Pero, Encarnación!...

—¡Pero, *Avispa*!... Déjate de romances. Son pa los ciegos, y tú y yo tenemos buenos ojos. Vaya usted mirando tós los muebles y tós los trastos de la casa—añadió hablando con el traperero ya—; tós, menos ese baúl-mundo. Es el de mi ropa. Lo llevará un mozo ande haya que llevarlo. Aunque usted me conoce y sabe que soy de fiar, pa mayor seguro, aquí tié el recibo de inquilinato y la fatura de los muebles; hasta la de los cacharros de la cocina guardo. Me había vuelto la mar, pero que la mar de cuidaosa.

Fué siguiendo de cuarto en cuarto la tasación que el traperero hacía de muebles, cacharros y prendas, sin que por un segundo la tristeza o la desesperación salieran a su rostro. Sólo, a cada mueble nombrado, a cada usuraria cantidad ofrecida por el traperero, sus manos cerradas en puño se contraían y por entre sus

dientes se escapaba esta frase: «Está bien; adelante, está bien.» Mordida, no hablada, salía la frase de la boca. Cuando la venta se cerró y las manos de Encarnación se abrieron para recibir el importe, sangraban por las palmas.

Tiempo dió el trato al regreso de la Balbina y al arribo del mozo de cordel.

— Usté — dijo a la portera Encarnación — dejará que el traperero saque de aquí lo que haya. Los días que sobran del mes, se los mete usté en el bolsillo. Usté — al mozo — coja de la alcoba ese baúl y llévelo de mi parte a casa de *la Sombrerera*, calle de Tudescos, número ... Es toa la casa. Nosotras — a *la Avispa* —, caminito de la del Rey.

Y echándose a hombros el mantón alfombrado, dejando caer sobre su frente el pañuelo de seda, echó, seguida de *la Avispa*, escaleras abajo. Por frente al portal pasaba una «manuela»; detuvieron con la mano al auriga, le mandaron abrir la capota y le dieron por primer sitio de alto el tabernucho de la Paca.

Entraron en reinas, arrojando un duro contra el mostrador, convidando a la reunión, aceptando las invitaciones con que respondieron los parroquianos a las suyas; pero sin pasar de ahí, sin admitir la compañía que les brindaban tres o cuatro varones. «Iban solas. De golfeo particular — según dijo *la Avispa* —. A correr las estaciones en clase de viudas.»

— Vaya mi ronda — exclamó la Paca, cuando las mujeres abonaron su gasto.

— Venga — respondió Encarnación —. Por si en mucho tiempo no nos vemos, échala bien cumplía.

— ¿En mucho tiempo?

— O en muy poco. Mañana salgo de Madrid. Voy a provincias, a tomar aires nuevos.

Recorrieron todos los establecimientos, todos los sitios donde Encarnación solía concurrir con Tomás. Era algo así como un vía crucis que el alcohol y las risotadas de las dos mujeres convertían en carnaval. El momento de mayor alegría aparente, acaso de más dolorosa tortura para *la Toledana*, fué el de su entrada en el Café de Lisboa. Estaban allí, donde apenas si concurrían desde la instalación de *El Rebelde*, Alejandro Nava, Manuel Gaso y López Guerrero. Al ver a Encarnación y a su amiga, en planta de jolgorio, hicieron un gesto de sorpresa.

— ¿Usted por aquí? — preguntaron.

Desde su ayuntamiento con Tomás no la tuteaba ninguno. Tampoco ninguno sabía la ruptura.

— Yo en persona; siéntense ustés. Hoy les convidó yo.

— Hoy precisamente — dijo Gaso —, aunque ello sea extraordinario, podemos convidar a ustedes cualquiera de los tres. Como *El Rebelde* sale mañana, Paquito se ha sentido troquel y nos ha voleado en los bolsillos un montón de pesetas. ¿Y Tomás?

— Debe de estar en ese *Rebelde*. ¡Como sale mañana!... Antes que salga al periódico de la imprenta, habré salido yo por una estación de Madrid.

— ¡Usted!

— Por la del Norte o la del Mediodía, es lo que no sé a punto fijo; que salgo en un tren de los primeros, tan seguro es como que esta monea vale cinco beatas. ¡Les he dicho que pago yo; no sean pamplineros! Como no he de ver a Tomás, puen contarle lo de mi viaje, y añadirle que tomo el tren pa que mi presencia en Madrid no le estorbe, pa no darme y darle el disgusto de tropezarnos en la calle, él con la vida que ha tomao, y yo con la que voy a tomar. ¡Buenas noches, amigos!

Los tres mozos quedaron mirando a la mujer que se alejaba con brava y arrogante andadura, y volvieron a su velador en silencio. López Guerrero dibujó sobre el mármol, desvaneciéndola entre sombras agrias de agua fuerte, la silueta de Encarnación.

Cuando ésta y *la Avispa* despidieron el coche, era ya madrugada. Estaban frente al portal de *la Sombrerera*.

— Oye tú — preguntó *la Toledana* a la dueña del establecimiento, quien las hizo entrar en su cuarto —, ¿tienes pedido de mujeres pa fuera de Madrid?

— Precisamente pa las fiestas que se celebran en León me pide *la Generala* cuatro. Es menester que sean de toa confianza y de tó postín, porque *la Generala* es allá como si dijéramos aquí *la Marquesa*. Cuatro onzas anticipa, con tal que sea bueno el género. ¿Sabes tú de alguna?

— ¿Sirvo yo?

— Déjate de bromas.

— No es broma. He vendido la casa y quiero irme. De manera que si sirvo, trato hecho.

— ¡No has de servir, mujer!...

— Sólo pongo una condición: no esperar a las tres mujeres que faltan. He de irme hoy, en el primer tren que salga de Madrid: en el mixto de la mañana.

— ¡Pero si el tren sale a las siete! Van a dar las cuatro.

— Por eso. Escribes a *la Generala* diciéndole quién soy. A las seis cojo mi baúl, y sin que me acompañe nadie, nadie, *Avispa*, ni tú, me meto en un vagón del mixto; vía alante no se pierden los trenes. Telegrafías tú que salgo y está tó arreglao.

Sola llegó a los andenes de la estación del Norte. Tomó asiento junto a la ventanilla de un vagón de segunda clase. La máquina pitó. *La Toledana*, dejando caer el vidrio y dando su busto al espacio donde griseaba el amanecer, sacó del pecho una cartulina. Era el retrato de Tomás. Lo miró con mirada larga. Después lo hizo cachos y arrojó los cachos a la atmósfera, manchada por los humos del tren. Revolotearon aquellos fragmentos en el aire; el aire los zamarreó. En sus ráfagas se perdieron.

Entre las brumas de la aurora invernal surgía Madrid como un monstruo de elefantiaca piel salpicada de gibas. Los remates de las iglesias y de los grandes edificios se desdibujaban en la niebla resudosos, temblantes. Parecían tentáculos del pulpo.

En los Viveros de la Villa iba a celebrarse el nacimiento de *El Rebelde*.

Desde muy temprano voceaban los vendedores el periódico, metiéndoselo por las narices a la gente. Los redactores del semanario corrían de puesto en puesto y de golfo en golfo preguntando: «¡A ver, *El Rebelde*! ¿Tiene usted *El Rebelde*?...» Hacían más: compraban números y se los leían unos a otros en alta voz, exclamando para que los transeuntes lo oyeran: «¡Es un gran periódico!... ¡Va a producir una revolución!... ¡Qué artículos!... Pues ¡y los grabados!, ¡y la confección!... ¡El mismo título resalta como una bandera de combate!... ¡Luego, muy barato!... ¡Diez céntimos! ¿Quién no gasta diez céntimos en ocho páginas como éstas?...»

Desde las ocho de la mañana — hora de la aparición del periódico — hasta mediodía no descansaron

los redactores de *El Rebelde*. Todos, incluso el director, danzaban detrás, delante y en torno del impreso. Hubo quien recorrió de un extremo al otro la villa. Manolo Gaso hacía gestos desesperados cada vez que tropezaba con un cartel-anuncio hecho tiras. López Guerrero suplicaba a los vendedores que dejaran visibles los dibujos. Alejandro Nava les encargaba que lo pregonasen gritando: «¡*El Rebelde*, con una crónica de su corresponsal en París, el gran novelista Alejandro Nava!...» Tomás se enfureció porque en el artículo-programa, escrito por él, le habían cambiado los cajistas un *con* por un *en*. El mismo Paquito salió de su apatía snóbica, para dar un vistazo a los puestos, del brazo de Ernestín. Compró *El Rebelde*, y mientras aguardaba en el Café de las Columnas la hora de ir al almuerzo, hizo que Ernestín le leyera su soneto *A un efebo*, composición repugnante y perversa que el jovencillo de la pintada boca recitaba entornando los ojos y mostrando sobre su cutis rubores de doncella en envite.

Al entrar en los Viveros, la pareja fué recibida con aplausos. Paquito, dejando sobre una silla su flexible y sacudiendo coquetonamente la onda de pelo rubio que sobre su frente caía, repartió entre la concurrencia abrazos y apretones de manos.

Ningún tertulio de los famosos tes faltaba al convite, ni el maestro en pornografía novelesca, que recostado en un sillón de mimbres lanzaba a la *Esmeralda* y a Varona miradas de rencor. Se habían liado la manta a la cabeza: la escritora, poniendo al maestro

de patitas en el arroyo; el discípulo, rebelándose contra el maestro, disputándole el primer lugar en el «género», después de soplarle la dama.

— Hijo — murmuraba a su oído la Valdenebro —, hay que resignarse; no puedes hacerle competencia. Tú no estás ya para esos trotes. Mírate a un espejo y te convencerás. Tienes media lagartijera en lo alto.

El maestro, plegando los párpados sobre sus pupilas de asombro, sacudía bajo el sol su figura acutángula. Parecía un saltamontes cogido por las zancas.

No faltaron, ¡cómo!, las de Mendaro. La madre, no obstante la estación invernal, llevaba un vestido con manga corta y cuello muy bajo y muy abierto. África había roto con Gaso. Ahora privaba Manuel López Guerrero, que iba a ilustrar el nuevo tomito de la minúscula coplera. *Gitanas* se intitularía el tomito. López Guerrero había hecho ya la portada: una gitana, a pleno sol, mirando a su hombre, que se perdía allá en el fondo de la carretera castellana entre una pareja de la Guardia civil.

— Debe usted substituir una figura — dijo Pepita Valdenebro cuando el pintor le mostró su dibujo.

— ¿Cuál? — preguntó el artista.

— La del gitano. Quien ha de ir entre una pareja de civiles es la autora del libro.

La hermanita de la coplera llevaba al retortero a un crítico, haciendo gran merced a su hermana; sería el único que se ocupara favorable y públicamente de las coplas. Alejandro Nava, unido a la oradora miti-

nesca, no en libre unión, en perfecto libertinaje, «a lo nihilista», como decía ella, confundiendo el rábano con las hojas, estaba insoportable con su artículo de *El Rebelde*; miraba a la gente con olímpica compasión, sacudía al aire su hermosa melena de azabache y recitaba trozos de su artículo a todo el mundo, hasta a los camareros.

Los jovencitos enfermizos que en casa de Paquito huían el femenino trato, glosaban ahora el soneto *A un efebo*, cada cual por su cuenta, emparejados a sujetos desconocidos para los asiduos a los tes. Según los jovencitos, eran estos desconocidos admiradores de *El Rebelde* que contribuían al esplendor del acto con una gran *corbeille* de flores traída de Valencia exprofeso. Valían un dineral las flores. Creyendo a las de Fuenterrota, eran, no los desconocidos, sus presentadores, quienes pagaban la *corbeille*. Paquito, guiñando el ojo izquierdo y jugando con las solapas de Ernestín, respondía a los murmuradores:

— Amigos, hay que hacerse cargo; no es cosa de que esos chicos anden solos. ¿Somos rebeldes o no somos rebeldes? Toda rebeldía contra la ortodoxia ha de tener representación en la mesa. Sea ella cual fuere, debemos respetarla.

— ¡Bravol ¡Bravol... — corearon los comensales—. Está Paquito en lo firme. ¡Viva la rebelión!

Tomás y sus compañeros de cenáculo no acompañaron este ¡Vival

«La rebelión, sí, contra todas las leyes artísticas,

políticas, económicas, sociales que gobiernan el mundo actual. ¡Rebelarse contra las leyes de la Naturaleza!... ¿Qué serían los rebeldes de esta índole? ¿Con qué derecho, con qué títulos se presentarían al mundo proclamando un futuro mejor?... No admiración, asco inspirarían los apóstoles que fraternizaran con rebeldes de tal estota. No a la regeneración humana, a la extinción humana se iba con los corifeos de Paquito. ¡Y por qué sendas! Por derrumbaderos monstruosos que levantaban el estómago y deprimían el espíritu. Con tales aliados, serían derrotas los combates. A malos obreros, mala obra. El edificio de la sociedad por venir habían de levantarlo brazos fecundos y viriles. Ni el arte, oficiado por tales sacerdotes, produciría nada sólido. Belleza tal vez; pero una belleza malsana, cuyo disfrute, como el de las hembras fáciles y viciosas, traería el envilecimiento, la castración moral de las juventudes que sufrieran su influjo.»

— ¡Bah! Después de todo — respondía a sus amigos Antonio Halconero —, hay que aceptar las armas, vengan de donde vengan. Sin Paquito y sus émulos no tendríamos *El Rebelde*. Apoyémonos en ellos ahora. Cuando podamos abrir las alas, demosles con el pie. Seamos un poco jesuítas. «El fin justifica los medios.» *Ad majorem gloriam rebellionis*. Francisco de Borja habla por mis labios. Sirva de norma a nuestros procederes aquel gran zorro disfrazado de místico, que se llamó el duque de Gandía. Y una astuta sonrisa, un mohín escéptico de polí-

tico en germinación, irradiaban sobre su cara de pillete del Rastro.

Los otros del cenáculo no eran tan eclécticos como Halconero: «Si el periódico había de ser balcón por donde «flirtearan» en verso y prosa los estetas, valía más abandonarlo en su primer número y aguardar gerencia más noble. Había que imponerse a Paquito. Bueno que pagase; bueno, pagando, que diera al público sus versos en las columnas de *El Rebelde*; pero que no tratara de meter por ellas su cohorte.» El antagonismo, la lucha a muerte entre los dos bandos apuntaba desde el primer día de campaña, anunciando que ésta sería desastrosa y que la bandera de *El Rebelde*, zamarreada por la derecha y por la izquierda, desgarrada en jirones, vendría a tierra hecha un harapo.

Tomás fué a sentarse al lado de Luisita, con aspecto de mal humor, convencido interiormente, aunque se negara a confesarlo, de que el maridaje de mutua conveniencia hecho entre los «paquistas» y los del cenáculo constituía un ayuntamiento monstruoso que no daría frutos de bendición.

— No te disgustes — murmuraba Luisa acariciando las manos del poeta —. ¡Tú *sei grande!* — añadía con mimoso acento italiano —. Alighieri también padeció antes de triunfar. Tenía *à la sua Beatrice*. Sé como el Dante. *Entra senza temore per la selva scura*.

Tomás no estaba en disposición de entrar por selvas más o menos obscuras; así es que, dejando a Luisa continuar con sus remembranzas dantescas, fué

a sentarse junto a Pepita Valdenebro, que, recostando su sillón sobre el tronco de una frondosa acacia, daba al espacio los humos de un cigarrillo turco.

Se lo dijo a las primeras de cambio. Estaba deseando contarle. Había vuelto a sus relaciones con el condenado *Susini*.

— Nada, que aquel pícaro se le entró muy adentro, y no había quien lo arrancara. Ya hizo esfuerzos para lograrlo. Como si no. Después de su riña volvieron a encontrarse, y se tornó a abrir la casa de la travesía del Reloj. Era mucho hombre el tal *Susini*. ¡Con decir que la había quitado de sus antiguas aficiones y que apenas ponía los pies en los escenarios y los cafés-cantantes! La propia *Palillos* recibió licencia absoluta. ¿A qué negarlo? ¡Cogidita desde los remates del moño a la puntita de los pies! ¡Con decir que hasta se dejaba pegar! ¡Y que tenía el gachó mano de mortero! Algunas veces parecía el cuerpo de Pepa un colegio de cardenales. ¿Quién supusiera en ella cobardía tamaña? ¡Dejarse pegar ella, que se las sostuvo con todos! Pues ahorita mansa, hecha una cordera, aguantando los golpes como si fuera un jergón su carne. Eso sí, tocante a otros puntos, *el Susini* era un cumplido caballero. Ni un ochavo admitía. Estaba preso desde principios de semana. Una delación le había puesto en poder de los jueces. ¡Naranjas de la China! ¡No le probarían el delito! Conocía la aguja de marear por los mares de Monipodio, como el más experto de sus canallescocos pilotos. Era un lince *el Susini*. Si acaso, con Candelas

admitía comparación. En la cárcel no le faltaba nada: celda de pago, comida de Lhardy... Para eso tenía la Valdenebro por fajos los billetes. A más, su influencia. Pronto le vería en la calle; no nació el galán para pudrirse entre barrotes. Llevaba sin verle medio mes. Vamos, sin verle a solas. Verse, verse a diario en comunicación extraordinaria. Antes de venir al almuerzo estuvo en la cárcel y llevó al *Susini* el primer número de *El Rebelde*. Por cierto que aquél la encargó un abrazo para Tomás. «Apriétale firme—la dijo—; es de los que no se aprovechan cuando anda un amigo por medio.» Y la Valdenebro, poniendo el encargo en acción, dió un estrecho abrazo a Tomás.

El nombre del *Susini* trajo a la memoria del joven el recuerdo de Encarnación. Había recibido su carta; sabía por Nava, por López Guerrero y por Gaso su ausencia de Madrid. ¿Dónde iba? ¿Cuáles eran sus planes? La abandonada aparecíasele como una sombra dolorosa por entre las hojas de los árboles que enfrentaban con la silla donde tomó asiento para presidir el banquete. Mientras presidía, mientras recibía el primer homenaje público, mientras se alzaban las copas de Champagne en su honor, la que fué su compañera durante doce meses iba camino de lo desconocido, a un viaje obscuro que ponía en el corazón del poeta náuseas de remordimiento. Encarnación no había protestado; no fué, como él temiera, dado su violento carácter, a buscarle, a pedirle cuentas de su abandono, a rubricarlo con una escena es-

candalosa. Resignadamente aceptaba la separación; se sacrificaba sin gritos. Hasta partía de Madrid para que no sirviera su presencia de estorbo. ¿No había en este proceder una grandeza menos lírica, pero más firme que la demostrada por las heroínas poemáticas de quienes se juzgaba trasunto Luisita cuando conversaba con Tomás, a la luz de la luna, en la ventana abierta sobre la calle de las Rejas?

Hubo de hacer un gran esfuerzo para alejar de su pensamiento la imagen de la abandonada y corresponder a los brindis con un discurso lleno de retóricas esperanzas en el éxito de *El Rebelde*, en el triunfo de aquella juventud. Ella barrería los viejos ídolos, asentando sobre fortísimos jalones el edificio nuevo.

Los aplausos atronaron el aire, llevando sonos victoriosos por los boscajes virgilianos, por las praderas verdeantes bajo el sol invernal; Tomás recogió aquellos aplausos para su vanidad; pero el entusiasmo, la fe en la empresa comenzada, no estaban en su corazón. Al tender sus ojos, según pronunciaba el discurso, sobre sus oyentes, comprendió que ninguno de ellos, exceptuando a los del cenáculo, era capaz de altos y de nobles empeños, y sintió un desaliento grande, una profunda angustia.

No era entre la burguesía ñoña, egoísta, codiciosa, ininteligente, entre quien podían reclutarse los soldados del porvenir, pero tampoco era entre una intelectualidad enfermiza, entre un semillero de viciosas extravagancias. Seres de medula desanillada,

de conciencia en desequilibrio; espumas que la degeneración formaban y sacudía para hacerlas flotar sin rumbo, ¿cómo hacer de ellas combatientes y apóstoles?

En busca de aquellos combatientes, de aquellos apóstoles, iba la imaginación del poeta, en tanto saltaban a la atmósfera los corchos del Champagne y la embriaguez se apoderaba de los almorzadores; en busca de ellos iba, y sus ojos, atravesando las verdes celosías que el ramaje caprichosamente tejiera, llegaron hasta el río. De éste brotaban nieblas, que el poniente coloreaba de ópalo. Aquellas nieblas ascendían como un encaje hacia el puente bermejo. Por él pasó un tren a toda máquina, coronándose de humo...

III

Bajo palio andaba Encarnación por casa de *la Generala*. La epístola de *la Sombrerera* se la presentaba como un prodigio: «A no ser porque las trapacerías de su hombre la cegaron llevándola camino del tren, no disfrutarían tal regalo los feriantes de la capital leonesa. Era mucha persona. Le haría una gran feria. A espuestas iban a entrarle por la cancela los billetes. Eso sí, que la tratara con toda reverencia, porque tenía alto el orgullo, breves los aguantes y, respectivo a genio, tan arisco, como tenía pronta la resolución y largas las manos.»

Aleccionada por la epístola, trató a su huésped en codueña y no en tributaria. Para ella la mejor habitación de la casa, la mejor presa en las comidas, el primer vaso de café, y, tras el café, la copita de marrasquino. Esto del marrasquino era en *la Generala* prueba rara de aprecio. Quien compartía su botellín